

## notas bibliográficas

JUAN A. EGUREN. — "La encíclica de S. S. Pío XII "Mediator Dei" sobre la sagrada liturgia". Con introducción y comentarios. — Biblioteca de Espiritualidad. — Editorial Razón y Fe, S. A. — Madrid. — 272 págs.

La introducción de Eguren a la carta magna del apostolado litúrgico, subraya el ambiente histórico sobre el que actúa la Encíclica "Mediator Dei", puntualizando los hitos que jalonan el desarrollo en la Iglesia moderna del saludable movimiento de renovación litúrgica que fija su punto de arranque en el Monasterio Benedictino de Solesmes (1833) y que tan abundante provecho en la vida espiritual de los cristianos ha significado.

La Encíclica no se contenta con dedicar al movimiento litúrgico frases de elogio, estímulo y complacencia paternalcs, sino que en esta materia —de por sí resbaladiza y apta para el desarrollo de exageraciones por carta de más y por carta de menos—, marca las márgenes entre las que debe correr este movimiento que traía cierto aire tempestuoso. Encarrilado por la "Mediator Dei", la renovación litúrgica había de desembocar en nuestros días en la extraordinaria Constitución Litúrgica del Concilio Vaticano II.

Una cuidadosa traducción castellana del documento pontificio, forma el cuerpo del libro. Los comentarios de Eguren a los principales párrafos de la Encíclica, enjundiosos y bien documentados, desarrollan de modo concreto los principios que en forma más bien gene-

ral contiene el texto pontificio. Hubiéramos deseado una mayor amplitud de miras en el comentario del párrafo 163 de la Encíclica, donde Eguren rechaza demasiado de plano la teoría caselliana acerca de la presencia de los misterios, para lo que hubiera ayudado poner ese párrafo en paralelo con la última parte del párrafo 20.

La sinopsis y el índice analítico de la Encíclica, así como la selecta y bien clasificada bibliografía (fuentes, autores-teología litúrgica general, piedad litúrgica, historia de la liturgia, liturgia eucarística, liturgia sacramental, liturgia salmódica, año litúrgico, liturgia pastoral y revistas), enriquecen notablemente este volumen.

J. Luzzi

PIERRE GRELOT, LUCIO GERA Y ANDRE DUMAS. — "El Pobre". — Cuadernos Heroica, Nº 9. — Editorial Heroica. — Buenos Aires, 1962. — 144 págs.

Un nuevo volumen, como todos los de la colección Cuadernos Heroica, llenos de sugestiva actualidad. Tres trabajos, tres perspectivas distintas de una misma cuestión, tres profundaciones que harán meditar al hombre del siglo de la técnica las riquezas de la pobreza auténtica.

Pierre Grelot había publicado ya su estudio en forma de artículo en la revista *Christus* (Nº 31, julio de 1961: *La pauvreté dans l'Écriture Sainte*). Dos largas series de textos bíblicos probarían tesis diametralmente opuestas si se las

aísla del contexto de la revelación. Por un lado, Dios comprometido en la lucha de clases junto a un proletariado miserable, para quien se reserva un Reino y un cielo del que estarían excluidos sus opresores. Por otro lado, una respuesta "paternalista" que exalta la consoladora disposición de la Providencia que permite que lo superfluo de unos acuda en ayuda de los otros (A. de Broglie), haciendo que unos, los pobres, ganen el cielo gracias a sus penas y trabajos, y que los otros, los ricos, lo ganen gracias a las limosnas que dan. Así tomados, esos textos arguyen a favor tanto de una como de otra posición. Pero de ese modo no se respeta su sentido. En la Sagrada Escritura hallamos una revelación progresiva de la pobreza como virtud, condición indispensable para entrar en el Reino de Dios. Esa revelación está en contacto constante con el hecho de la pobreza como estado o tara social. Pero ambos aspectos no se confunden a pesar de sus múltiples relaciones. Solamente se confunden cuando la virtud de pobreza se expresa prácticamente en la libre elección del estado de pobreza postulado por la perfección evangélica.

La reflexión de Lucio Gera nos muestra al pobre como hombre que posee una experiencia espiritual mucho más extensa que la dada por la sola desposesión del dinero: pobreza es experiencia de la desposesión de todo un mundo, entendido como totalidad de realidades materiales y espirituales. Paralelamente, la riqueza indica la experiencia de haber ganado el mundo. El pobre de la Iglesia no cree vivir como pobre solamente por vivir sin dinero o desprendido interiormente de él: en su actitud anida la tensión hacia la desposesión de la totalidad de los bienes que constituyen esta vida. Ello presupone la experiencia melancólica de la pequeñez de este mundo en su totalidad, incluida en ella, por supuesto, la experiencia de la pequeñez del dinero. En todas las situaciones del pobre se transparenta la pérdida del mundo como totalidad. Los capítulos IV y VII (El dinero, y Lo Temporal) señalan la utilización valoral de estas realidades como preparación a la venida de Dios y cooperación al Reinado de Dios.

André Dumas encara la pobreza desde el punto de vista social y económico. Su artículo, publicado anteriormente en la revista "Esprit", Nº 273, mayo de 1959, bajo el título de "Pauvreté et communauté humaine", bucea en la pobreza de un mundo técnico en el que la

abundancia de bienes no puede, no debe arrancar del hombre toda razón válida de insatisfacción. A la insoportable pobreza de carencia debe suceder la pobreza verídica y saludable de necesidad, como condición de comunicación e intercambio. Nuestro tiempo tiene que salvar el honor de la pobreza, pues solo lo que el pobre da une a los hombres. La pobreza no es una mística supletoria de la técnica o de la sociedad productora: es la posibilidad que tiene para respirar humanamente: un mundo anquilosado.

J. Lucci

JORGE VOCOS LESCANO. — "Y Dios dirá después". — Editorial Sur. — 1962.

Vocos Lescano es un poeta de grandes temas. Para probarlo, aquí está este librito, ganador hace muy poco, de un Premio Municipal. En sus pocas páginas con esa voz real que el cielo le ha concedido, nos habla del amor, la amistad, Dios, la patria —la grande y la chica—, el destino humano. Y todo sin estridencias, sin artificiosos recursos críticos, sin retórica grandilocuentes. Conocíamos varios poemas publicados en diarios, con anterioridad, pero bien hizo Sur, ese reducto de señorío en torno a Doña Victoria, en brindárnoslos arracimados en volumen.

Comienza con "Va el corazón...", canto a la sed de trascendencia, que lleva el hombre en el fondo más fondo de su alma y cuya solución brinda en el último cuarteto con la única clave que descifra ese misterio. Después unas "Canciones con Palomas", preciosas coplas del más puro cuño castizo, semejantes a las recopiladas por Carrizo en nuestro Norte. A continuación la "Elegía", que ya habíamos gustado en un suplemento dominical hace casi tres años. Para nosotros es lo mejor del libro; más aún, nos parece que la muerte es el tema que toca la cuerda más sensible de su alma. Será tal vez porque después de conocer los poemas "A un jardinero del Sur" y el escrito "a la memoria del pequeño Alfonso" los hemos hecho nuestros ya para siempre. Dedicamos a esta Elegía un párrafo aparte. También son de notar "A Cristo en la Eucaristía", compuesto en los días del Congreso en Córdoba y el "Canto a la Argentina" que se llevó las

palmas de "Clarín" cuando el Sesquicentenario. Ambos, como la anterior y la primera, en esos tercetos tan substancialmente unidos a su inspiración como los versos de veinte y dos sílabas lo están a la de Bernárdez. La otra parte del libro son los "Apuntes de San Miguel"; un delicado y tierno poetizar la geografía de la pequeña patria. Y digo patria porque es la tierra de su hogar. Aparecen allí la estación, la calle Sarmiento, la plaza, las quintas, el café de la plaza, las campanas; ¡hasta Manuel Ordóñez se convierte en materia poética! Es que Voces nos dice que este pueblo "puede darle a mí ser lo que desea / y hacer que la ilusión viva colmada".

#### Elegía (A la memoria de Miguel Gars)

Los dos primeros tercetos plantean de improviso el absurdo de la muerte; lo incomprensible, lo inaceptable de su presencia entre nosotros, y al mismo tiempo su realidad sólida y certísima:

Por más que ni yo mismo todavía  
pueda entender síguira lo que digo,  
.....  
con el alma bien sé que no hay remedio,  
que nunca más discutiré contigo.

Y el tercer terceto recalca esta idea de modo magnífico:

¡Ay, Miguel! Yo no sé qué es este asedio  
de flores y de flores, no sé nada,  
mas sé que de todo esto estás en medio.

En tan pocos versos qué originalidad de expresión para visualizar algo tan trivial como un velorio. Y al mismo tiempo qué carga de emotividad sugerida con esa breve exclamación inicial. En el octavo el poeta huye al pasado.

¡Atardeceres de El Talar, dichosas  
voces por el salón de los cristales,  
luz del jardín, tendidas mariposas!

Viaje al pasado inyectado de nostalgias que da pie para recordar esas disputas pero no es difícil suponerlas a través de sostenidas con quien ya nunca más discutirá. No conocemos las ideas de Miguel la visión sintética del bardo amigo:

Siempre más fiel y con más hondo brío,  
tu voz proclama el triunfo de una era  
donde el mezquino cerco de lo mío

dará paso por fin a una pradera  
sin bordes, donde todos sin medida  
dueños seremos de la primavera.

Pero el poeta le vuelve a refutar, como de seguro lo hiciera tantas veces, trascendiendo al plano de lo religioso:

Pero también, segura, decidida,  
mi voz enfrenta al punto tus razones  
con la sola razón que a nuestra vida,

no obstante el mar de sus limitaciones,  
le da sentido y lleva a tal altura  
que hasta las penas se nos vuelven  
[dones.

De pronto, después de dialogar bella y sutilmente acerca del fin último del corazón humano — ("¿Y no es la eternidad su gran tarea?") — se interrumpe y retorna al tema del absurdo de la muerte. Esa muerte que se concreta en este caso en la ausencia de diálogo, de respuesta, de discusión apasionada:

¿Y entonces? . . . ¡Ay, pero no sé qué  
[tienes  
que me dejas hablar, que a mi respuesta  
con la tuya hecha un fuego no te vienes!

En lugar de ello sólo queda "nada más que un silencio encajonado". Y concluye en las cinco últimas estrofas con una despedida emocionada, mezcla de esperanza y dolor:

Adiós, Miguel. Tal vez lo que quisiste,  
lo que ansiabas ahora lo estés viendo;  
quizás no encuentre más un hombre  
[triste

y al que era triste allí lo halles  
[sonriendo;

.....  
Pero yo estoy aquí, junto a tu vera,  
recordando y llorando sin consuelo  
tu juventud tan limpia y verdadera.

Canto a la amistad en presencia de la muerte, nacido de una vivencia honda y profunda que no desgastará el tiempo, ya que

....., en cualquier lado,  
me acosará el aliento de estas flores,  
las más amargas que la tierra ha dado.

Carlos A. Poleman Solá, S. J.

JUAN CASIELLO. — "Evocación del Dr. Federico B. Valdés. — Rosario, 1963.

Cuando en Buenos Aires se reunía, por la acción clarividente de José Manuel Estrada, el Primer Congreso Católico Argentino, en 1884, muchos fueron los jóvenes que se asomaron diariamente a sus deliberaciones para oír a los oradores católicos que enjuiciaban a su tiempo, a los conductores políticos y al pensamiento con que guiaban la organización del país. Uno de aquellos adolescentes "que venía con estricta puntualidad a escuchar y aplaudir las deliberaciones", era Federico Valdés, joven riolano que por entonces cursaba sus estudios superiores en las aulas de la Facultad de Derecho. Poco después obtendría su graduación a partir de la cual, con una carta de recomendación de su profesor, el doctor Lucio V. López, que lo presentaba como un "alumno que había sido honor y gloria de su curso", partiría con destino a la ciudad de Rosario, en donde ejercería su profesión hasta sus últimos días.

En aquel escenario lo figura del doctor Valdés pronto adquiriría notoriedad por el prestigio de su vida intachable, la gravitación de su pensamiento y sus trabajos al servicio del movimiento católico. A evocar su actuación en aquel medio, están dedicadas estas páginas del Dr. Casiello, quien puede hacerlo con autoridad y conocimiento, dada la íntima vinculación que tuvo con aquél en el ejercicio de la profesión, de la docencia y en el plano más íntimo de la amistad. Estas páginas breves y sustanciosas del Dr. Casiello adquieren así el tono de una verdadera evocación del que fuera por sus cualidades y en su medio, un maestro en la docencia, en el ejercicio de la profesión y del civismo. El autor que durante muchos años tuvo la oportunidad de tratarlo muy íntimamente, puede recordarlo con emoción atraído menos por la gratitud que por la admiración de su vida y pensamiento. Hay en la breve evocación que comentamos tan sólo los lineamientos generales de esa vida ejemplar, pero ellos bastan para dar la imagen cabal de la personalidad. Y cuando el Dr. Casiello espiga de los escritos, de los discursos, de los libros del Dr. Valdés, lo esencial de su pensamiento, da al lector la idea acabada de los ideales que inspiraron su vida intelectual y las cualidades morales que embellecieron su existencia.

Estas páginas tan gratas y oportunas, como lo son siempre las vidas ejemplares, nos hacen pensar que bien merece

el Dr. Valdés un estudio más detenido y al mismo tiempo ubicado en su medio y en su tiempo. ¿Y quién más indicado para ello que el autor de esta evocación por los lazos de la intimidad y de la simpatía intelectual que lo unió?

Néstor Tomás Auza

JEAN-MARIE DOMENACH. — "La Propaganda política". — Editorial Universitaria de Buenos Aires. — Buenos Aires, 1963. — 135 páginas.

La editorial de la Universidad de Buenos Aires ha lanzado este pequeño libro en su colección "lectores de Eudeba", debido a la pluma de uno de los más activos colaboradores de la revista francesa "Esprit", que fundara el malogrado Emmanuel Mounier.

En torno al tema de la propaganda política no es abundante la bibliografía en castellano, no así en inglés y francés, de modo que esta traducción bien puede considerarse un aporte valioso y útil. Esto último se avala debidamente si tenemos en cuenta que el autor, antiguo militante de la resistencia francesa, es un atento observador de los acontecimientos políticos europeos de los últimos treinta años y lleva a cabo una intensa labor intelectual en ese orden de preocupaciones.

Ante todo es preciso señalar que el libro no constituye un tratado sistemático sobre la materia ni enfoca la problemática general que engloba el título del trabajo. Es más bien un ensayo dedicado a exponer el sentido de la propaganda como empresa política destinada a influir y dirigir la opinión pública, y un análisis de los dos modelos más completos que se han conocido en los últimos años de propaganda política. Esto es, la propaganda leninista y la hitleriana. El autor, una vez que ha desarrollado la enumeración de los medios modernos que favorecen la propaganda política, entra directamente a demostrar cómo ella es fruto del encuentro de la política, la ideología y la técnica publicitaria. La propaganda política tuvo así, en Lenin primero y en Hitler y sus colaboradores después, su más completa expresión en los tiempos modernos. Ambas realizaciones han probado que los enormes recursos que la inteligencia humana ha sido capaz de poner a su servicio hace de ella un instrumento poderosísimo cuando es manipulada por especialistas, hasta llegar a ser capaz de torcer el curso de un pueblo o, literalmente, de "cambiarle las ideas".

Luego de analizar en base a ideas y experiencias personales los sistemas de propaganda política mencionados, Domenach dedica algunas páginas a explicar las reglas y técnicas empleadas, y que han inspirado después a otros tipos de propaganda política a que el autor hace referencia para ilustrar sus juicios. Son breves páginas que reúnen en provechosa síntesis, las leyes y fórmulas fundamentales que rigen la labor propagandística, y de las modalidades empleadas en Europa por grupos políticos diversos. La excesiva mirada puesta en Europa continental le hace olvidar al autor, sin embargo, la notable labor de propaganda política realizada por Estados Unidos e Inglaterra durante la última guerra.

Si bien el análisis general del libro se refiere a la propaganda política llevada a cabo por sistemas políticos totalitarios será de mucho provecho para los que se preocupan sobre el tema y buscan el conocimiento de las modalidades empleadas. Es de lamentar que el autor no hubiera incluido algunas páginas dedicadas al enfoque ético del tema, más lamentable aún si no olvidamos que Domenach es un escritor "comprometido" —para usar un vocablo expresivo y de moda— y director de la revista "Esprit" que siempre se ha afanado por buscar una visión cristiana del mundo y sus problemas.

Néstor Tomás Auza

B. A. C. — "Libro de los Salmos". — Biblioteca de Autores Cristianos. — Madrid.

La prestigiosa y meritoria editorial B. A. C. nos ofrece, en versión bilingüe (latín-castellano), el inspirado libro de los Salmos.

La entrega constituye un verdadero acierto. La nueva versión latina del salterio acompañada de la preciosa traducción castellana de Nacar-Colunga sale al encuentro de las nuevas orientaciones del Concilio Vaticano II en lo que concierne al rezo de los salmos.

Maximiliano García Cordero O. P., profesor de exégesis y teología bíblica en Salamanca, tiene a su cargo la acertada exposición exegético-doctrinal de los pasajes inspirados.

El nuevo libro, en elegante y manual presentación, seguramente llenará las manos de cuantos creyentes ansíen alzar sus plegarias al Señor, con las mismas palabras con que El quiso enseñarnos a orar.

N. F.

JORGE MARIA RAMALLO. — "El sable de San Martín". — Ediciones Theoria. — Buenos Aires. — 1963.

El último treinta de diciembre, recibieron sus sables corvos los nuevos generales de la Nación. Y hay un detalle en las crónicas periodísticas que nos volvió a llamar la atención: la presencia en el Regimiento de Granaderos a Caballo del sable de San Martín. Habiendo sido ya devuelto el 28 de agosto y siendo su depositario natural el Museo Histórico Nacional resulta extraño que aún no haya sido devuelto (al escribir estas líneas) a pesar de las diversas gestiones realizadas. Y en las donaciones hay que respetar escrupulosamente la voluntad de los donantes. Acerca de dicho objeto, símbolo de nuestra emancipación sudamericana, el investigador Jorge María Ramallo acaba justamente de publicar un libro circunscripto a esta zona bien delimitada de la investigación histórica, y que sin embargo tiene auténtica envergadura y se lee con gusto y provecho: *Historia del sable de San Martín*. Ediciones Theoria. Buenos Aires, 1963. Historia de la trayectoria de esta arma con todas las implicaciones que tiene en el proceso de nuestro desarrollo y ubica perfectamente bien los distintos episodios en relación con la biografía sanmartiniana y la política de la época. Todo revela un claro dominio de las distintas fuentes historiográficas. Abarca el primer capítulo desde su compra en Londres hasta la partida de San Martín a Europa, terminada la gesta libertadora. El segundo comienza con la negativa del héroe a desenvainarlo en las luchas civiles y prosigue con el legado de Rosas, la posesión por Máximo Terrero y los trámites de donación al Museo Histórico. El tercer capítulo tiene por objeto la llegada del sable a Buenos Aires y el cuarto la sustracción ocurrida hace pocos meses. Lo completa un rico apéndice con un reportaje a don Adolfo Carranza, gestor de la devolución del sable, y una carta de Juan Manuel Ortiz de Rozas contestando algunos conceptos del anterior; un magnífico artículo de Leopoldo Lugones publicado el día de la recepción del sable; descripción de la medalla conmemorativa de ese día; decreto que establece el uso del corvo como insignia de los generales de la Nación; el destino de la espada de San Martín en Bailén (ahora en la ciudad de Córdoba); las banderas donadas por el matrimonio Terrero-Rosas junto con el sable, el estandarte de Pizarro, tan asociado al recuerdo del arma y la entrega del testamento de San Mar-

tin por parte del gobierno de Francia en 1960. Faltaría, tal vez, dado que se trata de un apéndice tan completo, las resoluciones de la Academia Nacional de Historia acerca de la célebre cláusula tercera, con las debidas aclaraciones.

El autor, con acierto, hace notar la importancia del legado de San Martín a Rosas "como una prueba de satisfacción que como argentino he tenido al ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla", y que ha de ser valorado a la luz de la correspondencia sostenida entre el Libertador y el Restaurador. Es interesante lo que exhuma el autor acerca del frío recibimiento que se le hizo al sable en la ciudad de Buenos Aires. El acto no tuvo el relieve que requería y faltaron en bloque todos los generales en actividad, designados para concurrir. Unas palabras de Lugones, en el artículo arriba mencionado, parecen dar la clave del asunto: "Y bien: he aquí que traen como una reliquia, bajo el saludo de las banderas, la herencia que San Martín dejó a Rosas. Jamás soñara el Dictador mejor desagravio en su propia tierra. Porque es imposible separar aquí los recuerdos. Por Rosas vuelven a tener los argentinos el sable del Libertador. Y no se puede hablar de la herencia heroica sin recordar al gran heredero, al hombre extraordinario que a pesar de todo no han conseguido manchar por completo las calumnias mezquinas y los silencios cobardes de los que nunca pudieron perdonarle el imperdonable crimen de haber sido más grande que ellos" (pp. 76-77). ¿Será que el rencor hacia Rosas pudo más que la admiración a San Martín? ¿Por eso no se designó, ni asistieron, Mitre, biógrafo de San Martín, Roca, Pellegrini, Bernardo de Irigoyen, Vicente Fidel López, etc.?

Para concluir debemos recordar que no se están cumpliendo dos deseos de los donantes. El primero es, según carta de Manuelita Rosas (cf. pp. 55-56), "que la manda testamentaria de San Martín por la cual hizo el legado a Rosas sea puesta en un cuadro y colocada en el sitio donde se coloque el sable. Nunca hemos cumplido los argentinos con el deseo de la que nos dio tan preciada reliquia; y eso lo exigiría la más mínima hidalguía. La segunda es la pronta devolución al Museo Histórico, pues a él fue confiado. Se nos ocurre que tal vez habría que pensar en un recinto especialísimo donde se conservasen y expusiesen los objetos más sagrados para nuestra memoria de argentinos; una especie de templo para la de-

voción patria. Ya los museos cumplen tal función pero en éste caso se trataría de los recuerdos más importantes y trascendentales, vgr., la declaración de la independencia. Jurídicamente sería una dependencia anexa a los distintos museos, dueños y guardianes de las distintas piezas, para salvar la parte jurídica de su pertenencia. Y para revalorizar el alto valor simbólico de esos objetos y evitar la repetición de hechos como la sustracción de agosto próximo pasado, ejercerían su custodia los cuerpos militares más tradicionales del país. Allí tendría su lugar de honor el sable de San Martín, perpetuo evocador de la amistad entre esas dos figuras próceres unidas en una común aspiración: la Soberanía de la Patria.

Miguel Hovi Bedalo

CASUALDERO, JOAQUIN. — "Sentido y forma de las novelas ejemplares". — Biblioteca Románico Hispánica. — Editorial Gredos. — Madrid, 1962. — Distribuye: José Ferrer.

Con la seriedad a que nos tiene acostumbrados la Biblioteca Románico Hispánica, dirigida por Dámaso Alonso, nos ha llegado este meduloso estudio de porción tan importante en la obra de Cervantes. Consta el libro de una larga introducción y luego el análisis por separado de cada una de las novelas. Como ejemplo citamos los subtítulos de uno de estos análisis, el que corresponde a "El Amante Liberal": Paralelismo antitético y su fondo. - Las aventuras de Ricardo y Leonisa. - Actitudes, movimiento y color. - Color y espacio. - De la materia al espíritu. - El heroísmo barroco. - Dos lienzos. - La verdadera liberalidad y el desenlace feliz. - Arte y vida.

La tesis fundamental de Casaldiero es que el conjunto de las novelas forma un todo y que es necesario captar la trabazón entre las distintas obras. Trabazón que está dada desde el punto de vista formal por las diversas polaridades, vgr., la claridad de "La gitanilla" en oposición al claroscuro de el "Coloquio". Y tal trabazón formal es indudablemente expresión de una organicidad temática, ya que todo el conjunto se inscribe en el gran movimiento docente del Barroco tridentino. La ejemplaridad en Cervantes no es del tipo de los "enxiemplos" medioevales, sino que está situada en la línea del Renacimiento en torno a la Poética aristotélica, el recuerdo de Horacio y sobre todo la profunda influencia del platonismo. Todo ello concretizado en el ideal

pedagógico que sus maestros, los jesuitas, cuya doble meta es repeler la fealdad y horror del vicio y admirar la hermosura de la virtud para que así se consiga el fin para el que el hombre fue creado: su eterna salvación.

Sería conveniente que los profesores de 3º y 4º año utilizaran este serio aporte a la bibliografía cervantina para las clases de Castellano y Literatura, dado que en sus programas figura la lectura y análisis de estas "opera minora" del viejo Don Miguel.

Carlos A. Polemann Solá

L. SOUBIGOU. — "Cosmovisión teológica de San Pablo". — Colección Orientaciones Bíblicas, Nº 6. — Ediciones Paulinas. — Florida (Buenos Aires), 1963. — 280 páginas.

Bajo los auspicios de la Universidad Católica de Río de Janeiro, ante un auditorio de laicos cultivados, pronunció por vez primera Soubigou las doce conferencias cuya publicación constituye este volumen y que son una excelente iniciación de conjunto en el pensamiento paulino.

Al reseñar en la "Nouvelle Revue Théologique" el original de este libro (Saint Paul, guide de pensée et de vie), con toda su autoridad de especialista en San Pablo señalaba Jean Levie S. J. la intención del autor de llegar a una construcción paulina del pensamiento y la acción cristianas. En las páginas de Soubigou, todo parte de Pablo, de sus expresiones, de sus fórmulas, de su pensamiento interpretado en toda su amplitud, relacionando nuestro actual lenguaje cristiano con sus fuentes bíblicas profundas. Basta para percibirlo los títulos de las cinco secciones bajo los cuales están agrupadas las doce conferencias: el misterio de Cristo, Ingreso en la Iglesia, La vida cristiana, Escatología, y El testimonio de San Pablo.

El autor ha sabido unir estrechamente su conocimiento objetivo y penetrante de San Pablo con la clara percepción de las necesidades religiosas del auditorio cristiano.

Auguramos el mejor e los éxitos al nuevo título de Orientaciones Bíblicas.

J. Luzzi

ANTONIO DUE ROJO. — "El cosmos en la actualidad científica". — Biblioteca de cuestiones actuales, Nº 53. — Editorial Razón y Fe, S. A. — Madrid. — 192 páginas.

El director del Observatorio de Cartuja, Granada, nos ofrece un libro de alta divulgación, en el que el lenguaje sencillo y asequible en nada menoscaba la calidad científica. El autor ya había tratado estos temas en la misma colección. El nuevo volumen no pretende únicamente completar o poner al día los puntos interesantes anteriormente tratados, sino principalmente presentar todo ello bajo el aspecto de sana intención apologética. El problema del origen y evolución de los mundos micro y macrocósmicos, no puede resolverse con la observación de los pocos elementos que el hombre ha llegado a conocer, sino que exige reflexión. La investigación no debe limitarse a observar, sino que debe buscar la razón de ser de lo que observa.

Los dos primeros capítulos establecen la necesidad de un supremo Creador y Organizador del complejo cósmico. No podían faltar estas páginas en un libro como el que reseñamos, que parece tomar su inspiración en lo que dijera Samuel Taylor Coleridge: "Toda ciencia, así la imperfecta e incipiente como la más perfecta, empieza y termina con la admiración; pero la admiración primera es hija de la ignorancia y la segunda es madre de la adoración".

Los seis capítulos restantes hacen desfilar ante los ojos del lector mundos gigantescos y mundos infinitesimales, mundos invisibles y mundos en evolución. Y en ellos, el hombre como problema en sí y en su relación con esos cosmos. La actitud del hombre —incluido el hombre de la calle— ante los enigmas del universo, ha variado sustancialmente desde principios de este siglo. En las páginas de numerosas revistas y hasta en las columnas de la prensa diaria, pululan cuestiones antes relegadas a gruesos volúmenes de controversia. De una pasividad especulativa que se contentaba con admirar contemplativamente el dinamismo cósmico, el hombre ha pasado a una actividad febril y al deseo de intervenir personalmente en él: novísima audacia humana que encuentra su nobleza y dignidad en Aquel que es origen y fuente de la ciencia del hombre, Dios.

J. Luzzi

GUILLERMO GALLARDO. — "La política religiosa de Rivadavia". — Ediciones Theoria. — Buenos Aires, 1963. — 312 pp.

Si Américo Tonda en 1952 con su volumen sobre *Rivadavia y Medrano*, y más aún en 1961, con su sólido tomo sobre *El Dean Funes y la Reforma rivadaviana*, había derramado mucha luz sobre la tan ponderada actuación reformista del famoso "ministro-sacristán", esta obra de Gallardo nos revela todos los ocultos resortes de lo que no fue una Reforma eclesialística, ni pretendió ser tal cosa, sino que fue una bien tramada persecución contra la Iglesia Católica, aunque con el objetivo estúpido de crear una Iglesia Católica Argentina, en conformidad con un ideal rivadaviano.

Si en las dos mencionadas publicaciones de Tonda, la fatuidad de Don Bernardino es evidente, en ésta de Gallardo es hasta indignante. Rodeado y aconsejado por sacerdotes apóstatas como Agüero, o en el límite de la apostasía, como Valentín Gómez, o carentes de espíritu sacerdotal como Funes, Sáenz y los dos Azvaletas, favorece Rivadavia la presa anticatólica, depone al Gobernador del Obispado y hace nombrar a uno de sus genuflexos, suelta las riendas a todos los enemigos de la causa católica, amordaza al admirable vocero de la buena causa, esto es, a Castañeda y, una y otra vez, le destierra, se apodera de los bienes eclesialísticos, echando de la Recoleta a los Franciscanos y convirtiendo ese predio en cementerio, y hasta se atreve a poner sus sacrílegas manos sobre los bienes del Santuario de Luján.

Todo esto, que es sólo una parte mínima de las atrocidades cometidas por Rivadavia y sus satélites, está expuesto por Gallardo con una nueva y valiosa documentación, y sobre todo es él el primero en poner de manifiesto el inspirador primario de esos hombres desorbitados: nada menos que otro sacerdote apóstata, Juan Antonio Llorente, y por encima de éste y de aquéllos, la masonería.

Con Rómulo Carbia, todos los historiadores católicos habían descartado el masonismo de Rivadavia, y recordaban y recuerdan sus actos religiosos, así públicos como privados, de donde deducían que la Reforma eclesialística, aunque disparatada en sí misma y ofensiva a la Iglesia, no iba en contra, sino que pretendía ir a favor de ésta, pero ahora, ante los documentos que aduce Gallardo, es imposible sostener esa tesis.

Un hecho es elocuente: la obra reformadora de Rivadavia, escribe Gallardo, es reivindicada por la masonería como cosa propia. El mismo Rivadavia es proclamado masón en las obras más característicamente ortodoxas de esa institución. Hemos dicho más arriba que en la obra de Antonio R. Zúñiga, editada oficialmente por la Masonería Argentina del rito Escocés Antiguo y Aceptado, y es propiedad de ella, declara que cuando Martín Rodríguez buscaba ministros, la Masonería se los designó: don Bernardino Rivadavia y don Manuel José García.

A continuación hace Zúñiga la apología de la obra de Rivadavia, y en particular de su reforma religiosa, respecto a la cual hace, sin embargo, la reserva de que, examinada a la serena luz de la filosofía, no podía considerarse una solución lógica de la libertad. Lo racional hubiera sido establecer la separación absoluta de la Iglesia y del Estado. En la época que consideramos, sin embargo, en el ambiente hispánico lo que se buscaba era la sujeción de la Iglesia al Estado. Excepcional era la posición de un de Pradt, partidario de la separación, sólo concebible en el clima espiritual de Francia.

Al hablar de la reacción contra la reforma por la prensa y los motines, dice Zúñiga que la Masonería redobló en la circunstancia que nos ocupa, sus trabajos para sostener al audaz reformador, donde muestra plena solidaridad con aquella obra.

Alcibíades Lappas, en el libro escrito sobre la base de los archivos de la Gran Logia de la Argentina de Libres y Aceptados Masones, nos declara que Rivadavia, Antilogista y antimasón en su juventud, y opositor a la Logia y sus componentes, en uno de sus viajes a Europa, probablemente en Inglaterra, se inició masón. A continuación agrega noticias mucho más preciosas, fundadas, es de imaginarse, sobre los datos de aquellos archivos, no accesibles al público. Iniciado, como ya se ha dicho, en Europa, actuó en la Argentina en la Logia Aurora, y propició la fundación de la Logia Valeper. Actuó también en Brasil y Uruguay. En esta última nación inició a su hijo Joaquín, quien escribió una interesante síntesis de las actividades masónicas y luchas liberales, de su progenitor. Esta afirmación es del mayor interés, pero me ha resultado imposible comprobarla. En ninguna parte he halla-

co mención de esa obra del hijo de don Bernardino, que quizá se conserve manuscrita en aquellos mismos archivos secretos. Me inclino a creer que nunca ha sido publicada.

Respecto a este personaje, agrega Lapas: Joaquín Rivadavia, que actuó masónicamente casi toda su vida en el Uruguay, afilióse a la Logia Obediencia a la Ley Nº 13, Buenos Aires, en 1881, permaneciendo en el seno de la misma hasta su deceso en 1887, a la edad de 77 años.

Los datos sobre la actividad masónica de Bernardino Rivadavia citados se completan con lo que dice el mismo autor en la página 64, donde, al hacer la historia de los orígenes de dichas sociedades entre nosotros, informa que en 1825 un grupo de súbditos estadounidenses organizaron la "Estrella Sureña" (Southern Star) con Carta Constitutiva de la Gran Logia de Pensilvania. En esa Logia incorporóse don Bernardino Rivadavia.

Me parece del mayor interés la noticia dada en la citada obra en cuanto a que liberales españoles formaron en Buenos Aires la Logia Aurora, en la que precisamente actuó Rivadavia, mientras desde el gobierno aplicaba los mismos principios y dictaba medidas idénticas a las que en esos momentos tenían vigencia en España, después del pronunciamiento de Cabezas de San Juan, el 19 de enero de 1820.

Recuerda más adelante el historiador Gallardo cómo "con ocasión de los grandes honores tributados a Rivadavia en 1880, con motivo del centenario de su nacimiento, las logias, entonces muy ensoberbecidas, dejaron de lado su habitual política de misterio y salieron a la calle para testimoniar su plena adhesión, expresada también en escritos y discursos. Después de terminar un acto organizado en el teatro Politeama por el Club Liberal, al que asistieron las sociedades masónicas con sus estandartes y emblemas, se inició lo que hoy llamaríamos una marcha cívica. Formaban parte de ésta, en lugar prominente, las sociedades masónicas siguientes: Obediencia a la Ley, Madres de la Caridad, Progreso, Estrella del Oriente, Regeneración, Libres Pensadores, Unión del Plata, Confraternidad Argentina, Constancia, Moralidad, Libertad de San José de Flores, Alianza Unión Italiana, Legalidad y Humanidad, Oriente de Buenos Aires, Amigos de los Naufragos, Hijos de Idam (¿o de Hiram?).

Conviene recordar, antes de cambiar de tema, el carácter de francmasón de Julián Segundo de Agüero, brazo derecho de Rivadavia en toda su acción de gobierno, como lo hemos dicho más arriba.

De este panorama me parece poder deducir, sin temor de equivocarme, agrega Gallardo, con sobrado fundamento, que Bernardino Rivadavia era, en verdad, masón, como lo declaran los miembros de esta institución y como se lo imputaban sus enemigos. También resulta claro que la obra de la reforma eclesiástica traducía las inspiraciones e ideales de las logias y contó con el apoyo pleno de sus integrantes".

Si Gallardo en este punto tan fundamental corrige plenamente a Carbia, lo que no había hecho nadie antes que él, también en otro punto le corrige, aunque sea mucho menos importante y aunque Tonda ya lo había hecho en un artículo, aparecido en *Archivum*: la Reforma eclesiástica no sólo no fue bien recibida por el pueblo católico y por el clero, sino que había sido muy mal recibido, y sólo un escritor superficial pudo haber estampado un error tan craso. El gran número de religiosos secularizados es bien explicable, ya que se les había puesto entre la espada y la pared, y el heroísmo no es de todos, como anota Gallardo. Para que los lectores profanos no creyeran que secularizarse era el dejar de ser sacerdotes, sino el dejar de ser del clero regular para pasar al clero secular, en lo que no había pecado alguno, habiendo para ello motivo grave, habría convenido de parte del escritor, una breve exposición, a este efecto.

Es ciertamente una satisfacción el hallarse uno con un libro como éste de Gallardo: sereno, impávido, directo, firme, con hondura, sin apriorismos de ninguna especie, en búsqueda sincera de la verdad, y escrito en un estilo llano y sencillo, como torrente de agua cristalina, en la que todo es visible y patente, donde se da por cierto lo cierto, y por probable lo probable, y por dudoso lo dudoso.

Lo que apena es el comprobar lo falso o lo estólido que era don Bernardino y el mal inmenso que causó a la Iglesia, como lo causó, en esa y en otras esferas, a la Patria. Aparentemente mejoró o parecía mejorar la superficie, pero empeoró el fondo y preparó el Gobierno de Rosas que, a nuestro juicio, aunque no al de Gallardo, no fue peor sino mejor que el de Rivadavia.

Duras son de decir estas cosas, y suelen a blasfemias antipatrióticas, pero ¿no dijo Mitre, admirador de Rivadavia, que, al desaparecer de la escena política argentina dejaba en pos de sí la agitación de los espíritus, la guerra de los pueblos, la disolución de la sociedad?

Una pregunta y una sugestión: ¿Por qué no nos da el señor Gallardo un libro análogo sobre Rosas? Sería muy interesante y es hasta necesario, ya que muchas inculpaciones contra ese gobernante no tienen asidero alguno. ¿Se ponía su imagen en las iglesias! Así era, pero todavía en España se pone el retrato del que gobierna, y en Huesca y en Vera de Aragón hemos visto en iglesias el retrato de Alfonso XIII. Si el Rey prometía asistir a una celebración y no iba personalmente, se colocaba entonces su retrato. Estaba presente en imagen. A eso se redujo lo que en este punto acaeció en la época de Rosas. ¿Depuso a San Martín de Tours como patrono de Buenos Aires y nombró en su lugar a San Ignacio de Loyola! ¿Dónde consta ese hecho? El documento que tanto se cita, es evidentemente una superchería. ¿Expulsó a los Jesuitas! Es verdad, pero habría que estudiar hasta qué punto fueron ellos indiscretos, inhábiles. Cierto es que en la comunidad jesuítica en Buenos Aires había quienes admiraban a Rosas, y no eran por cierto los menos talentosos, como el Padre Majesté, sacerdote dignísimo y que, a mediados de la pasada centuria, fue uno de los más celosos en estas partes de América.

Gran libro es el que nos acaba de dar el señor Gallardo y después de todo lo que él ha consignado en sus densas páginas, será una mistificación hablar de Reforma Eclesiástica, que nunca la hubo, ni en la mente de Rivadavia, ni en la de los sacerdotes y masones que se escondían tras él, sino que fue la Primera Persecución Religiosa, menos espectacular que la de 1884 y que la de 1955, pero sin comparación de proporciones más ingrata, aunque de consecuencias menos trascendentes que la persecución que aún continúa a causa del artículo 89 de la ominosa Ley 1.420.

Guillermo Furlong, S. J.